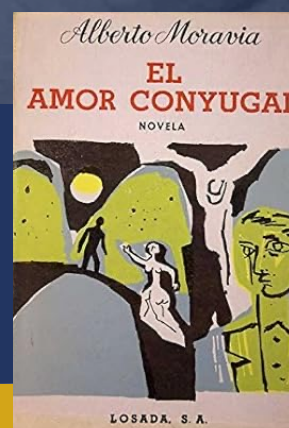


Visita
al territorio de

Alberto Moravia



I

Ante todo quiero hablar de mi mujer. Amar quiere decir, además de otras muchas cosas, obtener deleite al mirar y al observar a la persona amada. Y obtener ese deleite no sólo de la contemplación de sus bellezas, sino también de la de sus fealdades, sean pocas o muchas. Desde los primeros días de nuestro matrimonio, hallé un inapreciable placer mirando a Leda (así se llama ella) y estudiando su rostro y su persona incluso en sus menores gestos y en la más fugaz de sus expresiones. En la época en que nos casamos, mi mujer (luego, habiendo traído al mundo tres hijos, no digo que algunas de sus características cambiaran, pero sí que se modificaron en parte) tenía poco más de treinta años. Era, si no exactamente grande, de elevada estatura, con una cara y un cuerpo ambos muy bellos, aun cuando lejos de ser perfectos. El rostro, largo y delgado, tenía aquel aspecto huidizo, confuso y casi borroso que tienen las deidades clásicas en determinados y mediocres cuadros antiguos pintados vagarosamente y que la pátina del tiempo ha hecho aún más vagarosos. Ese aspecto singular, como de una belleza inasible que, al igual que el reflejo del sol en un muro o la sombra de una nube deslizándose sobre el mar, puede desvanecerse en cualquier momento, le venía sin duda tanto de los cabellos, de un rubio metálico, siempre sueltos en largas guedejas que parecían sugerir la agitación del miedo y de la huida, como de los ojos azules, enormes, un poco oblicuos, de pupila dilatada y húmeda, cuya mirada humillada y evasiva hacía pensar, como los cabellos, en un estado de ánimo medroso y esquivo. Tenía la nariz grande, recta y noble, y una ancha boca roja de

trazado sobremanera sinuoso, de una sensualidad huraña y grave, con el labio inferior profundamente replegado sobre el mentón demasiado pequeño. Era un rostro irregular y, con todo, muy bello, de una belleza inasible, como ya he dicho, y que en determinados momentos y en determinadas circunstancias parecía, como diré más adelante, disolverse y desaparecer. Lo mismo podría decirse del cuerpo. De la cintura para arriba, era delgada y delicada como una muchacha; en cambio, las caderas, el vientre y las piernas eran sólidos, fuertes, adultos, de un vigor musculoso y procaz. Pero esta falta de armonía quedaba anulada, como la del rostro, por la belleza que, como un aire íntimo e impalpable o una luz misteriosamente transfiguradora, la envolvía de la cabeza a los pies en un halo de perfección. Aunque suene extraño, mirándola, a veces se me ocurría pensar en ella como en una persona de líneas y de formas clásicas, sin defectos, toda armonía, serenidad, simetría. Hasta tal extremo me engañaba y me seducía su belleza, que, a falta de otras palabras, hay que tildar por fuerza de espiritual. Pero había momentos en los que aquel velo dorado se rasgaba y no sólo me revelaba las numerosas irregularidades, sino que además asistía yo a una penosa transformación de toda su persona.

Hice semejante descubrimiento durante los primeros días de matrimonio y, por un momento, tuve casi la sensación de haber sido engañado, como el que, habiéndose casado por dinero, descubre después de la boda que su mujer es pobre. Pues con frecuencia una mueca torpe y muda, mediante la cual parecían expresarse miedo, angustia, desdén y, al mismo tiempo, una atrayente aversión, contraía el rostro todo de mi mujer. En aquella mueca, la irregularidad natural de los rasgos se evidenciaba, por así decirlo, de un modo violento, que daba a toda la cara el aspecto repugnante de una máscara grotesca en la que, adrede, para fines de una particular comicidad entre obscena y lastimosa, se hubieran exagerado, precisamente hasta la caricatura, determinados rasgos: sobre todo la boca y, luego, los dos pliegues de los lados de la boca y las ventanillas de la nariz y los ojos. Mi mujer se pintaba los labios con abundante lápiz escarlata; además, como era pálida, se daba colorete en las mejillas. Cuando su rostro estaba tranquilo, esos colores artificiales, armonizando con los de sus ojos, cabellos y tez, no se notaban. Pero durante la mueca, destacaban, crudos y encendidos, y todo

su rostro, un instante antes tan sereno, luminoso y clásicamente bello, evocaba los rasgos ridículos y exagerados de las máscaras carnavalescas. Por añadidura, con aquel no sé qué que puede comunicar a semejante convulsión la morbidez, el calor y la vivacidad de la carne.

Al igual que el rostro, también el cuerpo tenía su manera de huir del aire encantador de la belleza y de contorsionarse feamente. Toda ella se encogía, como si tuviera miedo o asco; pero, al mismo tiempo, entre los brazos y las piernas, extendidos unos y otras hacia adelante, en ademán de defensa o de repugnancia, el cuerpo, como hacen determinadas bailarinas y mujeres mimo a fin de excitar al público, se ondulaba en actitud de invitación y de provocación. Parecía, sí, que ella alejara con los brazos un peligro imaginario, pero al mismo tiempo, con aquella vehemente contorsión de las caderas, parecía indicar que aquel peligro o ataque no le resultaba desagradable. El ademán era torpe y, al ir acompañado a veces de la mueca del rostro, casi hacía que se dudara de hallarse ante la misma persona, un momento antes tan modesta, tan serena, tan inefablemente bella.

He dicho que amar quiere decir amar a la persona amada en todas sus cosas, tanto en sus bellezas como, si las hay, en sus fealdades. Esas muecas, esas distorsiones, si bien bastante feas, no tardaron en serme tan caras como la belleza, la armonía y la serenidad de los mejores momentos. Pero a veces amar quiere decir no comprender; porque si es cierto que existe una forma de amor que implica comprensión, también es cierto que hay otra, más pasional, que nos vuelve ciegos respecto a la persona amada. Yo no estaba ciego; pero me faltaba la lucidez mental de un amor constatado y antiguo. Sabía que, en determinadas circunstancias, mi mujer se volvía fea y torpe; me parecía un hecho curioso y, como todo lo que la atañía, amable, y no sabía ni quería ir más allá de esta constatación.

Llegado a este punto debo decir que mueca y distorsión se producían muy raras veces y nunca en la intimidad de nuestras relaciones. No recuerdo que ninguna palabra mía ni gesto mío alguno provocasen jamás aquella extraña transformación del rostro en máscara y del cuerpo en títere. Al contrario, en los momentos de amor, ella parecía alcanzar la cima de aquella belleza suya increíble e inefable. Entonces, en la pupila dilatada y húmeda de los grandes ojos había una solicitud avergonzada, dócil y dulce,

más expresiva que cualquier discurso; la boca parecía expresar, a través de la sensualidad y la sinuosidad de los labios, su caprichosa e inteligente bondad; y toda la cara acogía mis miradas como un espejo confortante y misterioso al que los rubios y esparcidos cabellos servían de digno marco. También el cuerpo parecía hallarse en su mejor forma, yaciendo inocente y lánguido, sin fuerza y sin vergüenza, como una tierra de promisión que se ofrece, a la primera mirada, abierta y dorada toda ella, con sus campos, sus ríos, sus colinas y sus valles hasta el lejano horizonte. Mueca y distorsión se producían en cambio en las ocasiones más imprevisibles y más insignificantes; básteme con recordar algunas. Mi mujer siempre ha sido una gran lectora de novelas policíacas. Allí donde es de suponer que la trama se hacía más apasionante y pavorosa, observé yo que, gradualmente, la cara se le descomponía en la mueca, la cual no desaparecía sino con el final del pasaje que la había provocado. Por otra parte, a mi mujer le gustaba jugar. Fui con ella a Campione, a Montecarlo, a San Remo; no hubo vez en que, tras la apuesta, mientras la ruleta giraba y la bolita brincaba por los números, mi mujer no compusiera el rostro con aquella fea mueca. Por último, incluso el enhebrar un hilo por el ojo de una aguja bastaba para que hiciera la mueca; o bien que un niño, corriendo a lo largo de una zanja, se arriesgara a caer; o también una gota de agua helada en la espalda.

Pero quiero explicar con más detalle dos casos en los que me pareció que esa singular transformación suya tuvo orígenes más complejos. Nos hallábamos un día en el jardín de nuestra casa de campo y yo me esforzaba en arrancar un hierbajo alto y frondoso, casi un arbusto, que, quién sabe cómo, había crecido en la explanada de delante de la villa. No era fácil porque la planta, verde y húmeda, me resbalaba entre las manos y además debía de tener raíces muy profundas. Atento a esta operación, no sé por qué alcé los ojos hacia mi mujer y quedé estupefacto viendo su rostro y su persona transformados en la torpe mueca y en la distorsión acostumbradas. Al mismo tiempo, cediendo al peso de mi cuerpo, la planta saltó fuera del terreno con una sola raíz larga y nervuda y yo caí hacia atrás sobre la grava de la explanada.

Otra vez, habíamos invitado a algunos amigos a cenar en nuestra casa de Roma. Antes de que llegaran los invitados, mi mujer, en traje de noche,

arreglada y con sus joyas encima, quiso dar una vuelta por la cocina para ver si todo estaba dispuesto. Yo la seguía. Encontramos a la cocinera aterrada de la langosta, un animal enorme armado con pinzas formidables y aún semivivo, que ella no se atrevía a coger y meter en la olla. Con gran naturalidad, mi mujer se acercó a la mesa, asió la langosta por el dorso y la zambulló en el agua hirviendo. Para hacer esto, admito que tuviera que mantenerse apartada tanto del fuego como del animal. Pero esa prudencia no explica sino en parte la mueca del rostro, fea y grotesca, y el evidente movimiento del cuerpo que, por un momento, pareció que, bajo la brillante seda del traje de noche, quisiera insinuar un contoneo provocativo de las caderas.

Imagino que mi mujer ha hecho aquella mueca y se ha contorsionado de aquel modo infinidad de veces en las ocasiones más diversas. De cualquier modo, algunos hechos resultan indudables: jamás contrajo el rostro ni el cuerpo durante el amor. Además aquellas contracciones iban siempre acompañadas del silencio más profundo, un silencio en suspenso y que, con todo, se parecía más a un grito reprimido que a un sereno mutismo. En fin, mueca y contorsión siempre parecían nacer del temor a un acontecimiento imprevisto, repentino, fulminante. Un temor, como ya he observado, mezclado por completo de atracción.

II

Hasta ahora he hablado de mi mujer, ya es hora de que diga algo de mí. Soy alto y delgado, con un semblante enérgico de rasgos acusados y enjutos. Observando mejor, tal vez podría descubrirse determinada debilidad en la forma del mentón y en el trazado de la boca; pero lo mismo da, poseo un rostro resuelto y fuerte que no se parece en absoluto a mi verdadero carácter, si bien explica en parte algunas de sus contradicciones. Quizá mi rasgo más notorio sea la falta de profundidad. Haga o diga lo que diga o haga, todo yo estoy en lo que digo o hago y no guardo en reserva nada de lo que valerme en caso de retirada. Soy, en suma, un hombre todo vanguardia, sin grueso del ejército ni retaguardia. De esta peculiaridad proviene mi facilidad para el entusiasmo: por cualquier nonada me exalto. Pero ese entusiasmo es como un caballo que sin su jinete, el cual se ha quedado en el suelo diez metros atrás y muerde el polvo, salta un seto muy alto. Quiero decir que es un entusiasmo que casi siempre carece del apoyo de aquella fuerza efectiva e íntima sin la cual cualquier entusiasmo se disuelve en veleidad y en retórica. Y, de hecho, tengo tendencia a la retórica; o sea, a sustituir los hechos por palabras. Mi retórica es del género sentimental, ya que quisiera amar, y con frecuencia creo hacerlo cuando, en cambio, no he hecho sino decirlo, aunque sea con mucha emoción, pero decirlo y nada más. En esos momentos soy de lágrimas fáciles, balbuceo y me dejo llevar por todos los gestos de un sentimiento desbordado. Pero bajo esas fervientes apariencias, escondo con frecuencia una sutileza acre e incluso

mezquina, que me hace falaz y que no constituye fuerza alguna, sino que es, sencillamente, la expresión de mi egoísmo.

Para todos aquellos que me conocían superficialmente, yo, antes de encontrar a Leda, era lo que aún se llama y quizá por poco tiempo todavía, un esteta. O sea, un hombre lo suficiente acaudalado como para vivir ocioso, dedicando ese ocio suyo a la comprensión y el goce del arte en sus diversas formas. Supongo que en conjunto tal juicio era, al menos por lo que se refiere al papel que yo representaba en sociedad, justo. Pero a solas conmigo, era en realidad todo lo contrario de un esteta: era un hombre atormentado por la angustia, siempre al borde de la desesperación. En la obra de Poe hay una narración muy a propósito para describir la condición de mi ánimo en aquel tiempo: es aquella en la que se describe la aventura de un pescador arrastrado con su propio barco hacia el vórtice de un remolino marino. Gira con su embarcación alrededor de las paredes del abismo y, junto a él, encima, a su lado y debajo, giran innumerables restos de naufragios precedentes. Él sabe que, girando, se aproxima cada vez más al fondo del abismo, donde le espera la muerte, y sabe cuál es el origen de aquellos restos. Pues bien, mi vida podía compararse a un torbellino constante. Yo me hallaba preso en las espirales de un negro embudo y, encima, debajo y a los lados, veía girar conmigo todas las cosas que amaba. Aquellas cosas de las que, según los demás, vivía y que en cambio veía arrolladas conmigo en el mismo extraño naufragio. Me sentía girar en círculo con cuanto de bello y de bueno ha sido creado en el mundo y no cesaba un solo momento de ver el fondo negro del embudo que nos prometía, a mí y a todos los restos del naufragio, un fin inevitable. Había momentos en los que el torbellino parecía menguar, calmarse, girar más lentamente y restituirme a la superficie serena de la vida cotidiana; en cambio, había otros momentos en los que los giros se hacían más rápidos y más profundos y entonces yo descendía, girando siempre, cada vez más abajo, y conmigo descendían todas las obras y las razones humanas; y yo casi deseaba ser engullido definitivamente. En la juventud, estas crisis fueron frecuentes y puedo decir que, entre los veinte y los treinta años, no hubo día en el que no acariciara la idea del suicidio. Naturalmente, en realidad yo no quería suicidarme (de otro modo me hubiera matado de

verdad), pero esa obsesión del suicidio era, pese a todo, el color dominante en mi paisaje interior.

Muchas veces pensé en los remedios; y muy pronto caí en la cuenta de que sólo dos cosas podrían salvarme: el amor de una mujer y la creación artística. Parecerá un tanto ridículo que mencione de forma tan expeditiva, como si se tratara de dos medicamentos corrientes adquiriéndoles en cualquier farmacia, dos cosas tan importantes; pero tan sumaria decisión no revela sino la gran claridad con que, hacia los treinta y cinco años, había abordado los problemas de mi vida. Al amor me parecía tener derecho, como todos los hombres de esta tierra; a la creación artística estaba convencido de haber sido orientado por la naturaleza de mis gustos y, también, por un talento que, en los mejores momentos, me hacía yo la ilusión de poseer.

Ahora bien, sucede que jamás pasé de los dos o tres primeros folios de cualquier composición; y con las mujeres nunca alcancé aquel profundo sentimiento que nos convence a nosotros mismos y a los demás. Lo que más me perjudicaba en mis primeros pasos sentimentales y creativos era, precisamente, aquella facilidad para el entusiasmo, tan pronto a inflamarse como rápido en enfriarse. Cuántas veces en un beso arrebatado a unos labios esquivos, en dos o tres páginas escritas con furia, me pareció haber encontrado lo que buscaba. Pero luego, con la mujer, me precipitaba enseguida en un sentimentalismo verboso que concluía por alejarla de mí; y, sobre el papel, me perdía en sofismas o bien en una abundancia de palabras a la que, a falta de inspiración seria, me inducía una momentánea facilidad. Tenía un primer impulso bueno, que me engañaba a mí y a los demás, al que sucedía no sé qué extenuación fría y genérica. Y yo me daba cuenta de que, en realidad, no había amado ni escrito tanto cuanto quería amar y escribir. También a veces encontraba a la mujer que, por comodidad o por compasión, hubiera estado dispuesta a dejarse engañar y a engañarme; y otras veces la página parecía resistirse e invitarme a proseguir. Pero, por lo menos tengo esto de bueno: una conciencia desconfiada que me detiene a tiempo en la senda de la ilusión. Rasgaba las páginas y, con algún pretexto, dejaba de frecuentar a la mujer. Así, en tales probaturas, se me pasó la juventud.

III

Decir dónde o cómo conocí a mi mujer no importa: debió de ser en un salón o en una estación termal o en otro sitio semejante. Ella tenía más o menos mi edad y en muchos aspectos me pareció que mi vida era idéntica a la suya. En realidad, esos aspectos eran pocos y superficiales, limitándose a que también ella, como yo, era rica y a que vivía ociosa en los mismos ambientes y del mismo modo; pero a mí, debido a mi habitual entusiasmo efímero, me parecieron gran cosa, como si hubiera hallado casi el alma gemela. Se había casado muy joven, en Milán, su ciudad natal, con un hombre al que no amaba. El matrimonio había durado un par de años y, luego, ambos se habían separado y, más tarde, se habían divorciado en Suiza. Desde entonces mi mujer había vivido siempre sola. Lo que de repente suscitó en mi ánimo la esperanza de haber encontrado al fin a la mujer que buscaba fue la confesión que, respecto a su cansancio de la vida llevada hasta entonces y a su deseo de formalizar un vínculo acorde con su corazón, me hizo ella el mismo día que la vi por primera vez.

En esta confesión, hecha con mucha sencillez, sin emoción alguna, como si se tratara de un programa práctico y no de la aspiración patética de una vida yerma en afectos, me pareció reconocer el mismo estado de ánimo que arrastraba yo desde hacía tantos años; y, de repente, con el acostumbrado ímpetu inicial, decidí que sería mi mujer.

No creo que Leda sea muy inteligente; pero, gracias a la mesura de sus intervenciones, a su aire de experiencia y a una prudente mezcla de indulgencia e ironía, con una inteligencia mediocre conseguía, sin embargo,

adquirir a mis ojos una autoridad misteriosa; por lo cual su menor gesto de comprensión o de aliento era para mí precioso y lisonjero. Entonces yo me hice la ilusión de que la había convencido para que se casara conmigo; pero hoy puedo decir que fue ella quien lo quiso y que, sin esa voluntad suya, el matrimonio jamás se habría realizado. Aún estaba yo en los preliminares de mi cortejo, que suponía largo y difícil, cuando ella, ganándome por la mano, se me entregó. Pero esa entrega, que en otras mujeres me hubiera parecido un rasgo de facilidad y tal vez me la hubiera hecho despreciable, tuvo en ella el mismo carácter extraño y lisonjero de los precedentes signos de aprobación y de aliento. Tras haberla poseído, me di cuenta de que aquella innata autoridad suya permanecía intacta; es más, se había fortalecido mediante la impaciencia de mis sentidos, hasta entonces adormecidos. Así como al principio ella había jugado con mi necesidad de ser comprendido, ahora jugaba, con tanta o mayor y más instintiva inteligencia, con mi deseo. De este modo descubrí que al carácter fugaz y evasivo de su belleza correspondía un carácter análogo de ánimo. Nunca estaba seguro de poseerla del todo; y, justo cuando me parecía rozar la saciedad, un gesto suyo, una palabra suya me hacían temer, de golpe, el perderla de nuevo. Esta alternancia de posesión y desesperación se prolongó, podría decirse, hasta el día de nuestra boda. Yo la quería con furor y comprendía que tenía que impedir a toda costa que aquel amor desembocara, como los que le habían precedido, en el desaliento y en la nada. Movido por ese miedo y, sin embargo, reacio y pareciéndome casi que hacía algo demasiado fácil, le pedí al fin que se convirtiera en mi mujer, con la certeza de ser aceptado al instante. Casi atónito me vi, en cambio, rechazado, como si al hacer aquella proposición hubiese contravenido no sé qué misteriosa ley de la buena crianza. Con aquel rechazo me pareció haber alcanzado el fondo más sombrío de mi antigua desesperación. La dejé pensando que para mí no había ya nada más que hacer y que si no era un cobarde aquél era el momento de matarme de verdad. Pasaron algunos días y luego ella me telefoneó, sorprendida, preguntándome por qué no había vuelto a dejarme ver. Fui a buscarla, y me recibió con un reproche dulce y desvergonzado por haberla abandonado y no haberle dado tiempo para reflexionar. Concluyó

diciendo que, después de todo, podía aceptar convertirse en mi mujer. Al cabo de dos semanas nos casamos.

Comenzó al punto una época de felicidad absoluta y jamás conocida. Yo amaba a Leda con pasión y, al mismo tiempo, continuaba temiendo no amarla ya y no ser ya amado por ella. Así buscaba por todos los medios fundir nuestras dos vidas, crear entre nosotros ataduras. Dado que la sabía ignorante, le propuse ante todo una especie de programa de educación estética, diciéndole que ella hallaría tanto placer en aprender como yo en enseñarle. De forma imprevista, la descubrí sobremanera dócil y razonable. De común acuerdo, establecimos un plan de estudio y un horario y empecé a transmitirle y a hacerle apreciar todo lo que yo sabía y me gustaba. No sé hasta qué punto me seguía y comprendía: probablemente, bastante menos de lo que yo creía. Pero, como de costumbre, debido a aquella singular y misteriosa autoridad suya, a mí me parecía obtener una gran victoria cuando ella decía sencillamente: «Esta música me gusta... esa poesía es hermosa... vuelve a leerme aquel pasaje... oigamos otra vez aquel disco». Al mismo tiempo, para pasar el rato, le enseñaba inglés. Aquí hacía ella progresos sólidos, porque tenía buena memoria y una aptitud nata. Pero todo, lecturas, explicaciones y lecciones, seguía siendo atractivo a mis ojos por aquella su inalterable benevolencia, afabilidad y buena voluntad. Así que, en cierto modo, si bien ella era la discípula y yo el maestro, era yo quien experimentaba todos los temores del alumno que avanza en las materias que estudia. Y era justo, ya que entre nosotros la auténtica materia era el amor y a mí me parecía que cada día lo dominaba más.

Con todo, al margen de nuestras ya comunes aficiones, la base más segura de nuestra felicidad aún seguían siendo las relaciones amorosas. Ya he dicho que su belleza, turbada algunas veces por feas muecas y contorsiones, nunca se alteraba durante el amor. Añadiré que el goce de esa belleza era ya el eje a cuyo alrededor giraba el vórtice, unas veces negro y amenazador y otras luminoso y placenteramente lento y regular, de mi vida. Cuántas veces, yaciendo a su lado, en la cama, contemplaba su cuerpo desnudo y casi me asustaba al verlo tan bello y, al mismo tiempo, tan esquivo pese a mi obstinada contemplación a toda definición. Cuántas veces ordené y desordené, mientras yacía echada, con la cabeza hundida en la

almohada, aquellas guedejas suyas mullidas y rubias, intentando en vano asir el sentido misterioso del movimiento que las hacía huidizas y revoloteantes. Cuántas veces miré aquellos enormes ojos suyos azules y me pregunté en qué consistiría el secreto de su expresión dulce y avergonzada. Cuántas veces, después de haberla besado largamente y con furor, analicé y comparé con la forma de los suyos la sensación que perduraba en mis labios, esperando penetrar el significado de la leve sonrisa de diseño casi arcaico que, tras el beso, volvía a florecer en las comisuras de su boca, grande y sinuosa, como se observa precisamente en las más antiguas estatuas griegas. Había encontrado en suma un misterio tan grande, o al menos así me lo parecía, como los de la religión: un misterio conforme a mi corazón, en el que mi mirada y mi mente, avezados a sondear la belleza, por fin se perdían y se serenaban como en un espacio amable e infinito. Ella parecía comprender toda la importancia que para mí asumía esa especie de adoración y siempre se dejaba amar con la misma docilidad jamás ahíta, la misma inteligente complacencia con que se dejaba instruir.

En medio de tan absoluta felicidad, tal vez hubiera tenido que sospechar ante un aspecto en particular de la actitud de mi mujer que, por lo demás, me parece haber consignado ya: su buena voluntad. Desde luego el amor no era en ella tan espontáneo como en mí; y de su comportamiento con respecto a mi persona formaba parte una indudable, si bien misteriosa, voluntad de contentarme, de complacerme, a veces incluso de halagarme; lo que, no sin un punto de menosprecio, suele llamarse exactamente buena voluntad. Ahora bien, es difícil que la buena voluntad no esconda algo que, si por ventura se revelara, la desmentiría y pondría en peligro sus efectos; algo que va desde la simple presencia de preocupaciones varias y ocultas hasta la doblez y la traición. Pero yo aceptaba esa buena voluntad como una prueba de su amor por mí y no me preocupaba, por entonces, de averiguar qué escondía y cuál pudiera ser su significado. Era, en suma, demasiado feliz para no ser egoísta. Sabía que por primera vez en mi vida amaba y, con mi acostumbrado entusiasmo, un tanto imprudente, también le atribuía a ella el sentimiento que invadía mi ánimo.

IV

Nunca había hablado a mi mujer de mis ambiciones literarias porque consideraba que ella no podría comprenderlas y también porque me avergonzaba tener que confesar que sólo eran ambiciones, o sea tentativas jamás coronadas hasta entonces por el éxito. Aquel año pasamos el verano junto al mar y, hacia mediados de septiembre, comenzamos a discutir nuestros planes para el otoño y el invierno. No sé cómo se me ocurrió aludir entonces a mis estériles esfuerzos, tal vez al relacionarlos con el prolongado ocio al que me había conducido el matrimonio.

—Pero, Silvio, nunca me habías hablado de eso —exclamó ella al instante.

Respondí que nunca le había hablado porque, al menos hasta aquel día, no había logrado escribir nada de lo que valiera la pena hablar. Sin embargo, ella, con aquella benevolente afectuosidad de siempre, por toda contestación me instó a enseñarle alguno de mis escritos. Ante aquella invitación me di cuenta en el acto de que su curiosidad me halagaba sobremanera y de que, en el fondo, su juicio me importaba tanto o más que el de un literato profesional. Sabía muy bien que ella era lega en la materia, que su gusto era dudoso y que su aprobación o su condena no podían tener valor alguno y, con todo, notaba que de ella dependía ya el que yo continuase o no continuase escribiendo. Me resistí un poco, por decoro, ante su insistencia, luego, tras haberle advertido muchas veces que eran cosas sin importancia que yo mismo había desechado, accedí a leerle una narración breve que había escrito un par de años antes. Mientras leía, me

pareció que mi cuento no era tan malo como lo juzgara tiempo atrás, así que seguí leyendo con voz segura y más expresiva, observándola de cuando en cuando a ella, que me escuchaba atentamente y que no dejaba traslucir de modo alguno qué efecto le hacía. Cuando hube acabado, eché a un lado los folios, exclamando:

—Como ves, tenía yo razón, no valía la pena hablar.

Y aguardé con extraña ansiedad, su juicio. Ella calló un momento, como para reunir sus impresiones; luego, con perentoria resolución, declaró que hacía muy mal en no atribuirle determinada importancia a mi talento. Dijo que la narración le había gustado, si bien tenía muchos defectos, y añadió cantidad de cosas para explicar y justificar que le hubiera gustado. No era (y ¿cómo hubiera podido serlo?) el juicio de un experto; pero de todos modos yo me sentí extrañamente alentado. Me pareció de pronto que sus razones, que después de todo eran las de una persona corriente con gustos corrientes, bien podían valer como las de los literatos más refinados; que, al fin y al cabo, tal vez yo pecaba por un exceso de autocrítica más perjudicial que útil; que, en fin, lo que hasta entonces me había faltado tal vez no era tanto el talento como un afectuoso estímulo igual al que ella me prodigaba en aquel momento. En los éxitos cosechados en familia, entre personas a las que el afecto hace indulgentes y parciales, siempre hay algo de humillante y de falso: una madre, una hermana, una esposa siempre están dispuestas a reconocernos el genio que los demás nos niegan obstinadamente, pero al mismo tiempo sus elogios no nos bastan, a veces los encontramos más amargos que una condena declarada. Ahora bien, con mi mujer yo no experimenté nada de todo eso. Me pareció que el cuento le había gustado de verdad, al margen del afecto que me tenía. Por otra parte, sus alabanzas fueron bastante discretas y justificadas para que me parecieran sólo caritativas. Finalmente le pregunté, casi con timidez:

—Resumiendo, ¿te parece que debo seguir escribiendo? Procura sopesar bien tus palabras. Si tú me dices que continúe, continuaré... pero si me dices que lo deje, lo dejaré, lo dejaré y nunca más cogeré la pluma.

Ella se rió y dijo:

—Me endosas una gran responsabilidad.

Yo insistí:

—Habla como si para ti yo no fuera lo que soy, sino un extraño... Di lo que piensas.

—Si ya te lo he dicho —replicó—: debes continuar.

—¿De verdad?

—Sí, claro, de verdad.

Calló un momento y después añadió:

—Mejor, mira... Haremos esto... En lugar de volver a Roma, nos iremos a pasar un mes o dos a la villa de la Toscana. Allí te pondrás a escribir y estoy segura de que escribirás cosas muy bellas.

—Pero tú te aburrirás.

—¿Por qué? Estarás tú... y, además, para mí será un cambio... Hace tantos años que no tengo un poco de tranquilidad.

Debo decir que lo que me convenció no fueron tanto sus razones y sus ánimos como una especie de superstición. Pensé que por primera vez en mi vida me iluminaba una buena estrella y me dije que tenía que favorecer como fuera aquella inesperada inclinación de la fortuna a mi favor. Con mi mujer, ya había encontrado aquel amor al que durante tantos años había aspirado en vano; tal vez, tras el amor, le había llegado el turno a la creación literaria. Notaba, en fin, que me hallaba en el buen camino y que los benéficos efectos de nuestro encuentro no se habían agotado aún del todo. Abracé a mi mujer diciéndole en broma que de allí en adelante ella sería mi musa. Leda no pareció entender la frase y me volvió a preguntar cuál era mi decisión.

Respondí que, como ella proponía, partiríamos hacia la villa al cabo de algunos días. De hecho, pasada una semana dejamos la Riviera por la Toscana.

V

La villa se alzaba en una especie de hondonada, al pie de montañas no muy altas, delante de una vasta y lisa llanura cultivada. Un pequeño y tupido parque de árboles frondosos la circundaba; de modo que ni siquiera desde las ventanas del último piso se veía otra cosa y, así, podías imaginarte que no te hallabas en los confines de una llanura salpicada de pequeñas alquerías y cuadriculada de sembrados, sino en el corazón de cualquier bosque, en una soledad recoleta. En la llanura, a gran distancia de la villa, se encontraba una gran aldea rural. En cambio, la ciudad más próxima estaba a una hora de birlocho, en la cumbre de una de las montañas que se alzaban a espaldas de la casa. Era una ciudad medieval, ceñida por murallas almenadas, con palacios, iglesias, conventos y museos; pero, como sucede con frecuencia en la Toscana, mucho más pobre que la fea aldea moderna que los trajineros habían hecho brotar en la llanura.

La villa tal vez fue construida un siglo atrás, a juzgar al menos por la altura y el tamaño de los árboles del parque. Era una construcción sencilla y regular, de tres plantas y con tres ventanas por planta. Ante la fachada principal se abría un claro con grava, sombreado por dos castaños de Indias; desde el claro, una avenida serpenteante llevaba hasta la verja del parque y, a continuación, más allá, a lo largo de la vieja tapia, al camino real. El parque era, como ya he dicho, angosto, pero tupido, y estaba plagado de rincones umbríos; sus límites no se hallaban claramente definidos salvo por un lado. Por los otros, se pasaba, sin setos ni otras divisiones, de la sombra del bosque espeso a la amplitud de los campos cultivados. Había un par de

granjas anexas a la propiedad; y la alquería de los aparceros se alzaba en las márgenes del parque, sobre un otero desde el que se disfrutaba de la vista de la inmensa llanura entera. Desde la casa se oía, sin verlos, a los campesinos que arreaban con breves vocablos a los bueyes por los surcos; y no era raro que las gallinas del aparcero se dispersaran por el parque y fueran incluso a picotear en la explanada.

Dentro, la casa estaba atestada de viejos muebles, en los que se hallaban representados todos los estilos del siglo pasado, desde el Imperio hasta el Modernismo. La última habitante, una abuela mía por vía materna, murió en ella casi centenaria, tras haber recogido, con una avaricia y una paciencia de hormiga, cosas suficientes para montar otra casa de igual tamaño. Las habitaciones contenían el doble de los muebles que precisaban; y los cajones, los armarios y los arcones reventaban de un amasijo de objetos heteróclitos: vajilla, lencería, chucherías, trapos, papeles viejos, utensilios, lámparas, álbumes de fotografías y otra infinidad de cosas. Los dormitorios eran grandes y sombríos, con camas de baldaquino, inmensas cómodas y ennegrecidos retratos de familia. Había además un número indeterminado de salitas, una biblioteca con muchas estanterías repletas de libros viejos, en su mayoría volúmenes de patristica, almanaques y colecciones de revistas; incluso un aposento desnudo invadido por una mesa de billar; pero el paño estaba rasgado y no quedaban sino unos pocos tacos y ninguna bola. Entre todos aquellos trastos crupientes, en aquella falta de espacio libre, nos moveríamos con dificultad, casi como si los verdaderos habitantes de la villa fueran los muebles y nosotros los intrusos. Con todo, logré despejar en parte el saloncito de la segunda planta restituyéndole su antigua fisonomía de sala aderezada con bellos muebles Imperio y allí establecí mi gabinete de trabajo. Nos apropiamos de un dormitorio cada uno; y mi mujer eligió para su cuarto de estar el salón de la planta baja, en el que se encontraban las dos únicas butacas cómodas de toda la casa.

Desde el primer día comenzamos a llevar una vida muy metódica, casi de laborioso convento. Por la mañana la vieja criada llevaba el desayuno a la habitación de mi mujer y lo tomábamos juntos, ella en la cama y yo sentado junto a la cabecera. Después la dejaba, pasaba al estudio, me sentaba ante el escritorio y trabajaba o al menos intentaba trabajar hasta el

mediodía. Entretanto, mi mujer, tras haberse demorado un poco en la cama, se levantaba, se acicalaba larga y prolijamente y, mientras se vestía, daba a la cocinera las instrucciones para la jornada. Hacia el mediodía, dejaba yo de trabajar y bajaba a la planta baja donde me aguardaba mi mujer. Comíamos en un pequeño comedor, ante una puerta vidriera que daba al parque. Después de comer, tomábamos el café en el parque, a la sombra de los castaños de Indias. Luego subíamos a nuestras habitaciones para un corto descanso. El té volvía a reunirnos en el salón de la planta baja. Tras el té, salíamos a dar un paseo. No había muchas opciones; la Toscana, allí donde está cultivada, se parece más a un jardín, aunque sin bancos ni avenidas, que a la campiña. O tomábamos por determinadas veredas errabundas que, a través de los campos, llevaban de una granja a otra; o bien caminábamos por la orilla herbosa de una acequia que atravesaba la llanura en toda su longitud; o bien también, echábamos por el camino real, pero sin llegar jamás ni a la aldea ni a la ciudad. Al regresar del paseo, que nunca duraba más de una hora, yo le daba a mi mujer clase de inglés y, luego, si había tiempo le leía o hacía que ella me leyera a mí en voz alta. Cenábamos y, concluida la cena, otra vez lectura o conversación. Por último, y no demasiado tarde, subíamos a nuestros dormitorios o mejor yo seguía a mi mujer al suyo. Era aquel el momento del amor al que, en el fondo, tendía toda la jornada. Encontraba a mi mujer siempre dispuesta y siempre dócil, casi sabedora de brindarse a sí misma y a mí un desfogue tras tantas horas serenas. En la noche agreste que se asomaba a las ventanas abiertas, con su profundo silencio, raramente interrumpido por el chillido de un pájaro, en aquella habitación alta y oscura, nuestro amor se inflamaba súbitamente y ardía largo tiempo, silencioso, límpido y vivo como la llama de las antiguas lámparas de aceite que en otro tiempo habían iluminado aquellas estancias tenebrosas. Sentía yo que cada día amaba más a mi mujer, que el sentimiento de cada noche se nutría y adquiría fuerzas del de la noche anterior; y ella, por su parte, jamás parecía agotar el tesoro de su afectuosa y sensual complacencia. En aquellas noches me pareció penetrar, por primera vez en mi vida, el sentimiento de lo que se llama pasión conyugal: aquella mezcla de violenta devoción y de lujuria legítima, de posesión exclusiva y sin límites y de confiado goce de la posesión misma.

Por primera vez comprendí el sentido posesivo, a veces imprudente, que determinados hombres agregan a las relaciones conyugales, diciendo mi mujer como dicen mi casa, mi perro, mi automóvil.

En cambio lo que, en condiciones no obstante tan favorables, no marchaba demasiado bien, era mi trabajo. Tenía pensado escribir una narración larga o una novela corta y el argumento —la historia de un matrimonio— me apasionaba. Era nuestra historia, la de mi mujer y la mía, y me parecía tenerla ya toda ella en la cabeza, dividida y variada en sus diferentes episodios, a fin de poder desarrollarla con la máxima facilidad. Pero apenas me sentaba ante el papel y me ponía a escribir, la cosa se complicaba. O el folio se llenaba de tachaduras, o bien seguía adelante durante una página o dos y luego me daba cuenta de que había acumulado cantidad de frases ambiguas y nada concretas, o bien también tras haber escrito las primeras líneas me paraba y permanecía inmóvil, absorto ante el papel en blanco, como en actitud de reflexionar profundamente, pero en realidad con la mente vacía y el ánimo inerte. Tengo un sentido crítico muy desarrollado y durante varios años he ejercido la crítica en diarios o revistas; y por eso no tardé en darme cuenta de que el trabajo no sólo no progresaba sino que iba peor que al principio. En otro tiempo había conseguido centrar mi atención en un argumento y desarrollarlo, por así decirlo, de manera que, sin alcanzar jamás lo poético, es cierto, se mantuviera siempre dentro de un estilo decoroso y pulcro. En cambio, ahora me percataba de que, junto con el argumento, se me escapaba el antiguo dominio del estilo. A pesar mío, una fuerza maligna acumulaba en la página repeticiones, solecismos, períodos oscuros y renqueantes, adjetivaciones confusas, locuciones enfáticas, lugares comunes y frases hechas. Pero notaba sobre todo con exactitud que me fallaba el ritmo, ese aliento —digo— regular y armonioso de la prosa que sostiene el desarrollo como la medida sostiene y regula la poesía. Recordaba yo haber poseído en otro tiempo ese ritmo, muy moderado y modesto, desde luego, pero sin embargo suficiente. Ahora también él me fallaba: tropezaba, balbucía, me perdía en un hervidero de discordancias y de chirridos.

Bastando a mi felicidad el amor que nutría por mi mujer, tal vez hubiera abandonado mi trabajo si ella misma no me hubiera incitado a insistir. No

pasaba día sin que ella me preguntara, con una solicitud afectuosa y exigente, cómo iba mi trabajo; y yo, avergonzándome de confesarle que no iba en absoluto, le respondía un tanto vagamente que marchaba así así. Ella parecía otorgar la máxima importancia a aquel trabajo, como a algo de lo que ella misma fuera responsable; y yo sentía ahora cada día más que tenía que lograr concluir mi trabajo no tanto por mí como por ella. Era una prueba de amor que tenía que brindarle como demostración del profundo cambio que su presencia había introducido en mi vida. Y eso mismo había querido yo decir cuando, abrazándola, le había susurrado que, a partir de entonces, ella sería mi musa. Sin darse cuenta, con aquella pregunta diaria sobre mi tarea de la mañana, Leda había concluido por insuflarme una especie de pundonor: un poco como aquellas damas de las fábulas que solicitaban de su caballero que les trajera el vellocino de oro y matara al monstruo; y nunca ha habido fábula alguna en la que el caballero haya vuelto, mohíno y contrito, con las manos vacías, reconociendo no haber sido capaz de hallar el vellocino o no haber tenido el valor de enfrentarse al dragón.

Ese pundonor se había vuelto tanto más urgente y perentorio por la particular exigencia de su naturaleza: no era la de una mujer culta y conocedora de las dificultades del trabajo intelectual, sino la de una amante ignorante e ingenua que probablemente imaginaba que escribir era, al fin y al cabo, una simple cuestión de voluntad y de aplicación. Un día, durante el paseo cotidiano, procuré subrayar los numerosos escollos y las no raras imposibilidades de la creación literaria; pero de pronto me di cuenta de que ella no podía comprenderme.

—No soy escritora —dijo después de haberme escuchado—, ni tengo ambiciones literarias... Pero, si las tuviera, me parece que tendría tantas cosas que decir... y, en las condiciones en que te encuentras aquí, estoy segura de que yo sabría decirlas muy bien.

Me miró un momento de soslayo y entonces, con severa coquetería, añadió:

—Recuerda que me has prometido escribir una narración en la que también salga yo. Ahora tienes que mantener tu promesa.

Yo no dije nada, pero no pude menos que pensar con rabia en las numerosas páginas erizadas de tachaduras y de líneas superpuestas que se acumulaban en mi escritorio.

Había notado que por la mañana, tras haber pasado la noche o parte de la noche con mi mujer, apenas me ponía al trabajo, experimentaba una tendencia casi invencible a distraerme y no hacer nada: tenía la cabeza vacía, no sé qué sensación de liviandad en la nuca, como una ausencia de peso en los miembros. Las relaciones morales con nosotros mismos son a veces bastante oscuras, no así las físicas que, sobre todo en la madurez, si el hombre es equilibrado y está sano, se le revelan con absoluta claridad. No precisé de mucho tiempo y de mucha reflexión para atribuir, con razón o sin ella, aquella incapacidad para trabajar, aquella imposibilidad de centrar la mente en el argumento, aquella tentación al ocio, al vacío que producía en mí, después del amor, la noche anterior. A veces me levantaba del escritorio y me miraba al espejo: en los músculos debilitados y extenuados de la cara, en las oscuras ojeras, en la expresión opaca de los ojos, en la lasitud y languidez de toda mi actitud reconocía con precisión la carencia de aquel tono que, en cambio, notaba poseer todas las noches en el momento en que me acostaba y abrazaba a mi mujer. Comprendí que no acometía el papel en blanco porque la noche antes había gastado en la copulación toda mi acometividad; me daba cuenta de que lo que daba a mi mujer se lo quitaba en igual medida a mi trabajo. No era éste un pensamiento preciso o, al menos, no tan preciso como lo expongo ahora; era más bien una sensación difusa, una sospecha insistente, el comienzo casi de una obsesión. Mi fuerza creadora —pensaba— me era arrebatada todas las noches del centro del cuerpo; y el día siguiente no bastaba para que desde el fondo subiera a investir el cerebro. Como se ve, la obsesión se organizaba en imágenes, en parangones, en metáforas concretas que me daban un sentido físico, y casi científico, de mi incapacidad.

Las obsesiones o se ocultan como abscesos que, no hallando salida, maduran lentamente hasta un estallido horrible, o bien, en las personas más sanas, encuentran antes o después una expresión adecuada. Continué durante algunos días más amando a mi mujer por las noches y pasando el día pensando que no podía trabajar precisamente porque la había amado.

Llegado a este punto he de decir que dicha obsesión no modificaba en nada no sólo mi afecto sino incluso el transporte físico; en el momento del amor olvidaba mis presagios y, en medio de aquella provisoria y briosa energía, casi me hacía la ilusión de ser lo bastante fuerte para seguir adelante tanto con el amor como también con el trabajo. Pero al día siguiente, la obsesión reaparecía; y por la noche me acontecía buscar de nuevo el amor, aunque nada más fuera para consolarme del fracaso en el trabajo y recuperar con él la efímera ilusión de un vigor inagotable. Finalmente, tras haber dado vueltas alrededor de aquel círculo vicioso, una noche me decidí a hablar. También fui impulsado a hacerlo por la idea de que, después de todo, era ella la que me incitaba al trabajo y de que si, como parecía, tanto le importaba en verdad que yo escribiera aquel relato, comprendería y aceptaría mis razones. Apenas estuvimos el uno junto al otro, en la cama, comencé:

—Oye, he de decirte una cosa que no te he dicho nunca.

Hacía calor y ambos estábamos desnudos encima de las sábanas, ella boca arriba, con las manos entrelazadas bajo la nuca, la cabeza en la almohada; yo, echado a su lado. Ella dijo, abriendo apenas los labios y mirándome con su aire avergonzado y esquivo de siempre:

—Habla.

—Se trata de lo siguiente —continué—, tú quieres que yo escriba esa narración.

—Desde luego.

—¿La narración en que se habla de ti y de mí?

—Sí.

—Pero en estas condiciones yo jamás conseguiré escribirla.

—¿Qué condiciones?

Dudé un momento y luego dije:

—Hacemos el amor todas las noches, ¿no es verdad?... Pues bien, yo noto que toda la energía que necesitaría para escribir esa narración se me va en ti. De seguir así, nunca podré escribirla.

Ella me miraba con aquellos enormes ojos azules suyos, dilatados, se diría, por el esfuerzo de comprenderme.

—Pero, ¿cómo se las arreglan los otros escritores?

—Como se las arreglan no lo sé... Imagino, no obstante, que al menos cuando trabajan viven en castidad.

—Pues yo he oído decir —replicó ella— que D'Annunzio tenía muchas amantes. ¿Cómo se las componía él?

—No sé si tenía muchas amantes. Tuvo, sobre todo, algunas amantes célebres de las que todos, empezando por él, hablaron... Mas, para mí, se dosificaba muy bien... La castidad de Baudelaire, por ejemplo, es famosa.

Ella no dijo nada. Yo notaba que todo mi razonamiento rozaba el ridículo, pero ya había empezado y no podía sino continuar. Continué con voz suave y acariciadora:

—Mira, yo no tengo ningún empeño en absoluto en escribir esa narración ni, en general, en convertirme en escritor. Renuncio con la mayor facilidad... Para mí lo que cuenta es nuestro amor.

Ella replicó al instante, arqueando las cejas:

—En cambio, yo quiero que tú escribas. Quiero que te conviertas en un escritor.

—¿Por qué?

—Porque ya eres un escritor —dijo un tanto confusamente o casi, con irritación—. Sé que tienes tantas cosas que decir... Y, además, has de trabajar, como todo el mundo. No puedes vivir ocioso, así, contentándote con hacer el amor conmigo. Has de ser alguien.

Gesticulaba a cada palabra, resultaba evidente que no sabía cómo expresar aquella su obstinada voluntad de verme hacer lo que ella quería que yo hiciese.

—No hay ninguna necesidad de que llegue a ser un escritor —repuse, aunque esta vez me parecía mentir, al menos en parte—. Puedo perfectamente no hacer nada... O mejor, seguir haciendo lo que he hecho hasta ahora: leer, saborear, comprender, admirar las obras de otros... y amarte. Por lo demás, a fin de no permanecer ocioso, como tú dices, tal vez podría dedicarme a cualquier otra profesión, a cualquier otra ocupación.

—No, no, no —dijo ella aprisa, sacudiendo no sólo la cabeza sino también el cuerpo, como si hubiera querido expresar con todo el cuerpo aquella repulsa—, tú has de escribir. Tú has de convertirte en escritor.

Después de estas palabras nos quedamos un momento en silencio. Luego ella dijo:

—Si lo que dices es cierto..., será preciso que lo cambiemos todo.

—¿Es decir?

—Será preciso que no nos amemos hasta que hayas terminado tu relato. Luego, cuando lo hayas acabado, volveremos a empezar.

Confieso que de momento me sentí tentado de aceptar esta singular y un tanto ridícula proposición. Mi obsesión era de nuevo fuerte y me hacía olvidar cuanto de egoísta, pero también de falso, la había originado. No obstante, reprimí aquel primer impulso y, abrazándola, dije:

—Tú me amas y esta proposición es la mayor prueba de amor que podías darme... pero me basta con que lo hayas hecho. Sigamos amándonos y no pensemos en nada más.

—No, no —dijo ella, imperiosamente, rechazándome—, es preciso que lo hagamos... Tú lo has dicho.

—¿Estás ofendida?

—Vamos a ver, Silvio, ¿ofendida por qué?... Yo quiero de verdad que escribas ese relato, eso es todo. No te hagas el tonto.

Y diciéndome esto, casi como para subrayar el carácter afectuoso de su insistencia, me abrazaba.

Continuamos así un poco más, defendiéndome yo y ella insistiendo, imperiosa e inflexible. Al final dije:

—De acuerdo, lo intentaré... Tal vez nada de todo eso sea cierto y yo sólo sea un hombre que, sencillamente, carece de talento literario.

—Eso no es verdad, Silvio, y tú lo sabes.

—En tal caso —conluí con esfuerzo—, sea como tú quieras..., pero recuerda que has sido tú quien lo ha querido.

—Desde luego.

Permanecimos silenciosos largo rato aún, luego hice un gesto como para abrazarla. Mas al punto me rechazó.

—No, a partir de esta noche debemos abstenernos.

Se rió y, como para enmendar la amargura del rechazo, cogió mi cara entre sus manos largas y esbeltas, delicadamente, como quien coge una copa preciosa, y dijo:

—Verás como escribes muchas cosas bellas... Estoy segura.

Me miraba, atenta; después añadió, extrañamente:

—¿Me amas?

—¿Y me lo preguntas? —dije, conmovido.

—Pues bien, no volverás a tenerme hasta que me hayas leído la narración. Recuérdalo.

—¿Y si no fuera capaz de escribirla?

—Has de ser capaz.

Era imperiosa y esa imperiosidad suya, ingenua e inexperta, pero al mismo tiempo inflexible, me gustaba singularmente. Me volvió a la mente el caballero de la leyenda al que su dama le pide que, a cambio de su amor, le traiga el vellocino de oro y mate al dragón; pero esta vez sin rabia, casi con admiración; ella no sabía nada de poesía, como probablemente nada sabía la dama ni del vellocino ni del dragón; pero precisamente por eso me gustaba su exigencia. Como una confirmación del carácter milagroso y providencial de toda obra creativa. Al poco me acometió una exaltación mezclada toda ella de fe, de esperanza y de gratitud. Acerqué mi cara a la suya, la besé con ternura y murmuré:

—Por amor a ti me convertiré en escritor... No por mérito mío, sino por tu amor.

Ella no dijo nada. Bajé de la cama y me deslicé fuera de la habitación.

A partir de aquel día volví a trabajar con renovado ímpetu; y pronto comprobé que mis suposiciones no eran erróneas y que, sea como fuere, aun cuando entre el amor y el trabajo no exista en realidad aquella relación que yo había querido ver, la obsesión de incapacidad que me había oprimido hasta entonces no hubiera podido desvanecerse si no de la forma que había prescrito. Cada mañana me sentía más fuerte, más emprendedor ante el papel, más —al menos así me lo parecía a mí— creativo. De ese modo, tras el amor quedaba satisfecha la máxima aspiración de mi vida: también las letras me sonreían. Todas las mañanas escribía, con una fluidez fácil e impetuosa, pero no desordenada ni incontrolada, de diez a doce folios; y luego me quedaba el resto del día alucinado, aturdido, semivivo, notando que aparte del trabajo nada me importaba ya en mi vida, ni siquiera el amor de mi mujer. Lo que quedaba tras aquellas fervientes horas de la

mañana no eran sino los restos, las cenizas, los tizones de un incendio glorioso; y hasta el nuevo incendio de la mañana siguiente, yo permanecía extrañamente inerte y distante, lleno de un bienestar casi morboso, indiferente a todo. Me daba cuenta de que, de continuar con aquel ritmo, muy pronto habría concluido mi trabajo, tal vez incluso antes de cuanto había previsto; y pensaba que debía valerme de todos los medios posibles para recolectar hasta el último grano de aquella miel abundante e inesperada; todo lo demás, por el momento no me importaba. Decir que fui feliz sería muy poco y, al mismo tiempo, demasiado: por primera vez en mi vida estaba fuera de mí, en un mundo absoluto y perfecto, todo armonía y certeza. Esta condición me volvía egoísta; y supongo que si entonces mi mujer hubiera enfermado yo no hubiera sentido otra preocupación que la de una posible interrupción de mi trabajo. No era que no amase a mi mujer, como he dicho la amaba más que nunca, pero ella se hallaba, junto con todas las otras cosas que no se referían al trabajo, relegada a una zona en suspenso y remota. En resumen, por primera vez en mi vida estaba convencido no sólo de expresarme, cosa que había intentado miles de veces sin lograrlo jamás, sino también de expresarme de una manera perfecta y absoluta. En otras palabras, tenía la sensación precisa —fundada, según me parecía, en mi experiencia como literato— de estar escribiendo una obra maestra.

VI

Después de haber trabajado por la mañana, pasaba la tarde de la forma acostumbrada, procurando tan sólo no sufrir emociones ni sobresaltos ni distracciones, en apariencia alejadísimo de la literatura, pero en realidad admirando y acariciando en el fondo más recóndito de mi ánimo cuanto había escrito por la mañana y tenía intención de escribir al día siguiente. Luego llegaba la noche, me despedía de mi mujer en el rellano, entre las dos puertas de nuestros dormitorios, y enseguida corría a acostarme. Dormía con una tranquilidad que jamás había conocido, casi con el convencimiento de acumular de nuevo aquellas fuerzas que por la mañana gastaría en el trabajo. Al despertar me encontraba diligente y dispuesto y vigoroso y ligero, la cabeza llena de ideas que durante el sueño habían despuntado como la hierba en un prado durante una noche de lluvia. Me sentaba ante el escritorio, dudaba un solo minuto y ya la pluma, a impulsos de una voluntad casi independiente de la mía, comenzaba a correr por los folios de palabra en palabra, de línea en línea, como si entre mi mente y el arabesco de tinta que sin tregua se desarrollaba en el papel no hubiera ni solución de continuidad ni diferencias de materia. Tenía en la cabeza una madeja grande e inagotable y con la acción de escribir no hacía sino tirar y devanar el hilo disponiéndolo sobre los folios con los trazos negros y elegantes de la escritura; y aquella madeja no tenía nudos ni roturas; y giraba en mi cabeza conforme yo la devanaba; y notaba que cuanto más devanaba más quedaba por devanar. Escribía, como ya he dicho, entre diez y doce páginas, continuando hasta el agotamiento de la resistencia física,

temeroso sobre todo de que el caudal de mi ingenio llegara de pronto, por cualquier misteriosa razón, a disminuir o a agotarse en absoluto sin más. Finalmente, cuando ya no podía seguir, me levantaba del escritorio con las piernas flojas y la cabeza presa de vahídos, me acercaba a un espejo y me miraba. En el espejo veía no una, sino dos y tres imágenes de mí mismo desdoblándose lentamente, confundiéndose y entrecruzándose. El aseo, largo y minucioso, me restablecía, si bien, como he dicho, me quedaba un poco alucinado y aturdido todo el día.

Más tarde, a la mesa, comía con un apetito voraz y automático, casi con la sensación de no ser un hombre sino más bien una máquina descargada que, tras muchas horas de desatinado rendimiento, tuviera que proveerse de combustible. Sin embargo, mientras comía, reía, bromeaba e incluso, cosa rara en mí, por lo general serio y meditabundo, hacía chistes. Como me sucede siempre que por algún motivo cedo al entusiasmo, en aquella exuberancia mía había una especie de indiscreción o casi de desfachatez: yo me daba cuenta, sólo que en otro tiempo, si me hubiera abandonado así, me hubiera avergonzado, y ahora en cambio casi me complacía. Allí estaba yo, a la mesa, sentado ante mi mujer, en actitud de comer; pero en realidad no estaba. Lo mejor de mí se había quedado en el estudio, ante el escritorio, pluma en mano. El resto del día proseguía con idéntica atmósfera de alegría, un poco incoherente y excesiva, de borracho.

Si hubiera estado menos entusiasmado, menos embriagado por la fortuna, tal vez hubiera advertido en la fecundidad de aquellos días la presencia de la misma buena voluntad que a veces me parecía sorprender en la actitud de mi mujer hacia mí. En otros términos —y sin deducir de ello que la narración que estaba escribiendo no fuera la obra maestra que creía—, hubiera podido pensar que todo aquello era demasiado hermoso para ser cierto. La perfección no es cosa humana; y las más de las veces pertenece más a la mentira que a la verdad; tanto si esa mentira anida en las relaciones entre nosotros y los demás, como si preside las nuestras con nosotros mismos. Y esto porque la ficción, que vuela a su objetivo sin obstáculos ni arrepentimientos, es más apta para evitar las irregularidades, los defectos y las asperezas de la verdad, que no una manera de obrar escrupulosa y partidaria de la materia sobre la cual se ejerce. Como he dicho, al cabo de

diez o más años de vanas tentativas, hubiera podido sospechar de una andadura tan fluida de mis cosas. Pero la felicidad, además de egoístas, nos vuelve con frecuencia también irreflexivos y superficiales. Me decía yo que el encuentro con mi mujer había sido la chispa que finalmente había desencadenado aquel incendio grande y generoso; y no iba más allá de esta constatación.

Tan absorto estaba en mi trabajo que no hice caso de un pequeño pero extraño incidente que tuvo lugar por aquellos días. Yo soy de piel delicada y, como suele decirse, tengo la barba difícil; es decir, reacia a dejarse afeitar sin el acompañamiento de rojeces e irritaciones. Por ese motivo nunca he podido afeitarme yo solo y siempre me he valido, como me valgo ahora, de los servicios de un barbero. También en la villa, como donde quiera que esté, procuré hacerme afeitar cada mañana por un barbero. Venía éste desde la aldea vecina, donde poseía el único negocio de peluquería, modestísimo en verdad. Venía en bicicleta y, habiendo cerrado el establecimiento al mediodía, se presentaba exactamente a las doce y media. Su llegada señalaba la interrupción de mi trabajo. Coincidió, de igual modo, con el mejor momento de la jornada: con el desencadenamiento ya descrito de la alegría indiscreta y física que me proporcionaba la satisfacción del deber cumplido.

Este barbero era un hombre bajo y ancho de espaldas, completamente calvo desde la frente hasta la nuca, de cuello grueso y cara redonda. Era rechoncho de cuerpo, pero no obeso. En su cara, de un uniforme color moreno que por secuelas de una antigua ictericia tiraba al amarillo, eran notables los ojos, redondos y grandes, con el blanco muy visible, dotados de una mirada clara, inquisitiva, asombrada, tal vez irónica. Tenía pequeña la nariz y grande la boca pero sin labios, que en sus raras sonrisas descubría dos hileras de dientes rotos y ennegrecidos. En la barbilla, profundamente replegada, tenía un hoyuelo extraño y repelente, parecido a un ombligo. La voz de Antonio, que así se llamaba él, era suave y sobremanera tranquila; y su mano, como advertí desde el primer día, de una ligereza y una habilidad raras. Era un hombre de unos cuarenta años y, como supe, tenía mujer y cinco hijos. Último detalle: no era toscano sino siciliano de una región del centro de Sicilia. Una relación amorosa trabada durante el servicio militar le

había inducido a casarse y a establecerse en aquella aldea, donde a continuación había abierto una barbería. La mujer era campesina, pero el sábado abandonaba la granja y ayudaba a su marido a rapar a los numerosos clientes que se juntaban en el local las vigiliass de los festivos.

Antonio era muy puntual. Cada día a las doce y media oía yo, a través de la ventana abierta, crujir la grava de la explanada bajo las ruedas de su bicicleta: y ésa era para mí la señal de que tenía que interrumpir el trabajo. Un momento después llamaba él a la puerta del estudio; yo, alzándome del escritorio, le gritaba alegremente que pasara. Él abría la puerta, entraba, volvía a cerrarla con cuidado y, deseándome buenos días, me hacía una semirreverencia. Con él entraba la camarera trayendo una jarrita con agua hirviendo, que dejaba en una mesita con ruedas donde se hallaban dispuestos el jabón, la brocha y las navajas de afeitar. Antonio empujaba la mesita hasta el sillón donde, entretanto, me había sentado yo. Él afinaba largamente la navaja en el suavizador, dándome la espalda; luego le veía verter un poco de agua en una jofainilla, sumergir la brocha y frotarla mucho dándole vueltas en un cuenco para el jabón. Finalmente, sosteniendo la brocha espumosa en el aire como una antorcha, se volvía hacia mí. Me enjabonaba interminablemente, no dejándolo hasta que tenía toda la parte inferior de la cara cubierta de una enorme masa de espuma blanca. Sólo entonces dejaba la brocha y empuñaba la navaja.

He descrito minuciosamente estas acciones tan comunes para dar una idea de la lentitud y la precisión de sus gestos. Y, al mismo tiempo, de mi buena disposición de ánimo para soportar, mejor aún, disfrutar de aquella lentitud y precisión. Por lo general no me gusta hallarme a merced de la navaja barbera y la necia minuciosidad de determinados barberos me impacienta. Pero con Antonio era diferente. Notaba yo que para mí el único tiempo que tenía algún valor era el que pasaba ante el escritorio, antes de su llegada. A partir de entonces, que lo dedicara a mi barba, a la lectura o a la conversación con mi mujer, era lo mismo. Desde el momento en que no atañía a mi trabajo, era un tiempo que no contaba; y el uso que hiciera de él me resultaba indiferente.

Antonio era de pocas palabras, no así yo, que, tras la presión y el esfuerzo del trabajo, experimentaba una necesidad irreprimible de desfogar

de cualquier modo mi felicidad. Así, le hablaba, como suele decirse, de esto y de aquello: de la vida en la aldea, de sus habitantes, de la cosecha, de su familia, de los señores del lugar y de otras cosas por el estilo. Un tema que me intrigaba más que los otros era, según recuerdo, el contraste entre el origen meridional del barbero y su región adoptiva. Nada podía haber más distinto de Sicilia que Toscana. Y de hecho más de una vez logré que hiciera, sobre Toscana y sus toscanos, observaciones curiosas en las que me pareció entrever determinado desdén y fastidio. Pero las más de las veces Antonio respondía con extremada sobriedad, si bien, como observé, con notoria precisión. Tenía un modo de hablar sucinto, reticente, sentencioso, tal vez irónico, pero de una ironía inasible, tan sutil era. A veces, como yo riera a mandíbula batiente de alguna ocurrencia mía o me exaltara hablando, él dejaba de enjabonarme o de rasurarme y, con la brocha o la navaja alzadas a medias, esperaba pacientemente a que me hubiera callado o serenado.

VII

Hablándole no me proponía, como creo haber dado a entender, ningún fin; con todo, al cabo de un tiempo, me di cuenta de que, no obstante todas las confidencias a que lo forzaba, no había yo penetrado el fondo de su ánimo, su preocupación dominante. Todo y siendo pobre, con una familia numerosa, no parecía pasar demasiados cuidados por la cuestión económica. De la familia hablaba con desapego, sin afecto ni orgullo, ni ningún otro sentimiento particular, como se habla de algo inevitable y perfectamente natural. De la política, como advertí enseguida, no se preocupaba en absoluto. El oficio, en fin, si bien lo conocía a fondo y lo practicaba de buen grado, no parecía ser para él sino un simple medio de ganarse la vida. Finalmente, me dije que había en él algo misterioso; pero no más que en otras gentes del pueblo, a las que los ricos atribuyen, gustosos, pensamientos y afanes inherentes a su condición y a los que luego descubren, en cambio, preocupados por las mismas cosas que encierran en el corazón todos los hombres.

Por lo general, mientras Antonio me hacía la barba, mi mujer entraba en la habitación y se sentaba al sol, en el hueco de la ventana, con lo necesario para las uñas o bien con un libro. No sé por qué aquella visita matutina de mi mujer mientras Antonio me afeitaba era muy de mi agrado. Como Antonio, también ella era un espejo en el que yo veía reflejada mi felicidad. Como Antonio, entrando y sentándose en el estudio, donde hasta entonces yo había estado trabajando, contribuía, aunque de manera diferente, a remitirme a la atmósfera de la vida cotidiana, a aquella atmósfera, digo,

indulgente, serena y ordenada, que me permitía seguir avanzando, con seguridad y tranquilidad, en mi trabajo. De vez en cuando interrumpía mi charla con el barbero y le preguntaba cómo estaba o qué libro leía o qué estaba haciendo. Ella contestaba sin alzar la vista ni dejar de leer o de limarse las uñas, tranquilamente, parcamente. El sol hacía que brillaran sus rubios cabellos, partidos, a ambos lados de la cara, en dos largos mechones; por detrás de su inclinada cabeza veía, a través de la ventana abierta, los árboles del parque y el cielo azul, no menos luminosos. Ese mismo sol arrancaba reflejos leonados a los muebles, desprendía rayos cegadores de la navaja de Antonio y se dilataba benigno desde el alféizar hasta los rincones del estudio más apartados, reanimando los colores desteñidos y la polvorienta superficie de todas aquellas viejas telas y de aquellos antiguos utensilios. Era tan feliz que una de aquellas mañanas pensé: «Mientras viva me acordaré de esta escena... yo recostado en el sillón, con Antonio afeitándome... la ventana abierta, el estudio lleno de sol y mi mujer sentada allí, al sol».

Un día mi mujer entró en bata y advirtió a Antonio que requería sus oficios para que la peinara. Se trataba, dijo, de un simple toque de tenacillas; de lavarlo ya se había encargado ella aquella misma mañana. Le preguntó a Antonio si sabía rizar el pelo y, tras obtener una respuesta afirmativa, lo invitó a pasar a su habitación cuando hubiera concluido conmigo. Al salir mi mujer, le pregunté a Antonio si alguna vez había hecho de peluquero de señoras y él contestó, no sin vanidad, que todas las muchachas de la comarca recurrían a él para que las peinara. Me asombré y él me confirmó que, hoy en día, incluso las campesinas más zafias querían la permanente.

—Son más exigentes que las señoras de la ciudad —concluyó con una sonrisa—. Nunca están contentas... A veces es para volverse loco.

Me afeitó con la acostumbrada parsimonia y precisión. Luego, tras haber preparado las tenacillas, salió para acudir junto a mi mujer.

Al irse Antonio, me senté al sol, en el sillón en que solía instalarse mi mujer, con un libro en la mano. Recuerdo que era *Aminta* de Tasso, que en aquella época me había puesto a releer. Me sentía con una disposición de ánimo particularmente lúcida y sensible y el hechizo de aquella poesía

encantadora, tan acorde con la luminosidad y la suavidad de la jornada, hizo que pronto me olvidara de la espera. De cuando en cuando, ante un verso más armonioso, alzaba los ojos hacia la ventana y lo repetía mentalmente; y en ese ademán me parecía adquirir cada vez conciencia de mi felicidad, como quien, moviéndose en una cama bien caldeada, advierte a cada movimiento su tibieza. El trabajo de Antonio junto a mi mujer duró cerca de tres cuartos de hora. Finalmente, le oí salir a la explanada, saludar con voz pausada a la camarera y luego oí crujir la grava bajo las ruedas de la bicicleta que se alejaba. Pocos minutos después mi mujer entró en el estudio.

Me puse en pie para mirarla. Al parecer, Antonio había salido del paso llenándole la cabeza de bucles y transformando su cabellera de lisa y suelta como era en una especie de peluca del siglo dieciocho. Todos aquellos bucles superpuestos y pululando alrededor de su largo y delgado rostro le daban a primera vista un aspecto peregrino, como de campesina engalanada. Aquel aire de rusticidad quedaba confirmado por un pequeño pomo de flores frescas, me parece que eran geranios rojos, prendidos algo más arriba de la sien izquierda.

—Espléndido —exclamé con impetuoso jolgorio—, Antonio es todo un mago... Mario y Attilio de Roma ya pueden retirarse, no le llegan ni a la suela de los zapatos. Pareces exactamente una de las muchachas campesinas de por aquí cuando el domingo van a la feria... y esas flores son una auténtica maravilla... Deja que te vea.

Diciendo esto procuraba que diera la vuelta sobre sí misma para admirar mejor el trabajo del barbero.

Pero, para mi sorpresa, mi mujer mostraba la cara ofuscada por no sabía yo qué malhumor. El grueso labio inferior le temblaba, señal en ella de ira. Al fin, con un gesto de intenso fastidio, me apartó diciendo:

—Te suplico que no bromees... No tengo precisamente ganas de broma. Yo no comprendí y continué:

—Vamos, no te avergüences. Te aseguro que Antonio se ha lucido... Estás muy bien, tranquilízate, el domingo que viene en la feria no desentonarás... Y, si te presentaras en el baile, desde luego no te faltarían las proposiciones de matrimonio.

Como se ve, yo suponía que su malhumor se debía al trabajo de Antonio; la sabía muy vanidosa y no hubiera sido la primera vez que un peluquero inepto desencadenase su ira. Pero me rechazó de nuevo, esta vez con enojo, y repitió:

—Ya te he dicho que no bromees.

De pronto, me iluminó la mente el que su descontento estuviera originado por una causa distinta de su peinado. Pregunté:

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha sucedido?

Ella se había acercado a la ventana y, con las dos manos apoyadas en el alféizar, miraba hacia afuera.

De repente, se volvió:

—Ha sucedido que mañana has de hacerme el favor de cambiar de barbero. Al tal Antonio, no quiero volver a verlo por aquí.

Me quedé perplejo:

—Pero ¿por qué? No es un barbero de ciudad, ya se sabe... pero a mí me va bien... con que tú no vuelvas a recurrir a él...

—Oh, Silvio —estalló ella con rabia—, ¿por qué no quieres comprenderme? No se trata de que sea bueno... ¿Qué me importa que sea bueno?

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Me ha faltado al respeto. Y no quiero volver a verlo... nunca más.

—Pero ¿cómo te ha faltado al respeto?

En mi rostro y en el tono de mi voz debía de quedar aún un reflejo de la acostumbrada y negligente indiferencia de aquellas mañanas, porque ella añadió con despecho:

—Pero a ti qué te importa que Antonio me falte al respeto... A ti lo mismo te da, ya se ve.

Temí haberla ofendido y, acercándome a ella, pregunté con seriedad:

—Perdona... tal vez no haya comprendido. Pero, en fin, ¿se puede saber de qué forma te ha faltado al respeto?

—Me ha faltado al respeto —gritó con ira inesperada, volviéndose hacia mí por segunda vez, con las aletas de la nariz temblorosas, la mirada endurecida— y basta... Es un hombre horrible... Échalo, búscate otro. No quiero volver a tropezarme con él.

—No comprendo —dije—, es un hombre habitualmente respetuosísimo... serio... padre de familia.

—Sí —repitió ella, encogiéndose de hombros, con sarcasmo—, padre de familia.

—Pero ¿puede saberse de una vez qué te ha hecho?

Discutimos así un poco, insistiendo yo para saber en qué consistía la falta de respeto de Antonio y ella negándose a dar ninguna explicación y repitiendo su acusación. Al final, después de muchas y furiosas réplicas, me pareció comprender cuanto había sucedido: para peinarla, Antonio había tenido que arrimarse mucho al asiento que ella ocupaba. Ahora bien, le había parecido que en más de una ocasión Antonio había procurado rozarle con su propio cuerpo el hombro y el brazo. Digo le había parecido, porque ella misma reconocía que el barbero había continuado imperturbable su tarea, igualmente callado y respetuoso siempre. Pero ella juraba que aquellos contactos no habían sido fortuitos: ella había percibido una intención, un propósito. Estaba segura de que por medio de aquellos roces, Antonio había pretendido establecer una relación, hacerle por su cuenta una proposición recíproca e inconveniente.

—Pero ¿estás del todo segura? —pregunté al final, asombrado.

—Pero ¿cómo podría no estarlo? Oh Silvio, ¿cómo puedes dudar?

—Pero podría ser una simple impresión.

—Impresión, ¿de qué?... Y, además, basta con mirarlo. Es un hombre siniestro... tan calvo, con ese cuello y esos ojos que miran siempre de abajo arriba y jamás a la cara... La calvicie de ese hombre es cruel... ¿No lo ves? ¿Estás ciego?

—Podría ser una casualidad... Debido a su trabajo, los barberos están obligados a acercarse mucho a sus clientes.

—No, no ha sido casualidad. Una vez quizá hubiera sido casualidad... pero más veces, todo el rato... no es casualidad.

—Veamos —dije, y no puedo negar que al realizar esta especie de investigación me divertía un poco—, siéntate en esta silla. Yo haré de Antonio. Veamos.

Ella bullía de impaciencia y de ira; pero, aunque de mala gana, obedeció y se sentó en la sillita. Yo cogí un lápiz fingiendo que eran las tenacillas de

rizar el cabello y me incliné para peinarla. Efectivamente, en aquella postura, como yo había imaginado, la parte inferior de mi vientre se encontraba a la altura de su brazo y de su hombro y no podía dejar de rozarla.

—Ves —dije—, es justo lo que había supuesto. Él no podía dejar de rozarte... Si acaso, eras tú la que tenía que haberse echado un poco hacia aquí, hacia el otro lado.

—Y eso es lo que he hecho... y entonces él se ha colocado en el otro lado.

—Tal vez ha tenido que hacerlo para rizarle ese lado.

—Pero Silvio... ¿será posible que seas tan ciego... tan estúpido? Se diría que lo haces aposta. Te digo que aquellos roces eran voluntarios.

Una pregunta asomaba a mis labios, pero evitaba hacerla. Finalmente, dije:

—Hay roces y roces. ¿Te parece que durante esos contactos él estaba... cómo te diría yo... turbado?

Leda se hallaba hundida en el sillón, con un dedo entre los dientes, una extraña perplejidad en su rostro todavía airado.

—Ya lo creo —respondió, encogiéndose de hombros.

Temí no haber comprendido bien o no haberme hecho comprender.

—En fin —insistí—, ¿se veía que estaba excitado?

—Claro.

Entonces me di cuenta de que aún estaba más asombrado del comportamiento de mi mujer que del de Antonio. Ella ya no era una muchachita, sino una mujer con mucha experiencia; además, yo no ignoraba que, por lo que se refiere a cosas de este tipo, siempre había en ella una especie de cinismo jovial. Cuanto sabía de ella me inducía a pensar que no hubiera tenido que hacer caso del incidente; o, a lo sumo, contármelo con desapego e ironía. En cambio, tanta rabia, tanto odio... Dije perplejo:

—Date cuenta de que eso no quiere decir nada. Nos puede suceder a todos que, ante ciertos roces, nos asalte sin querer el deseo, incluso no queriéndolo en absoluto... También a mí me ha ocurrido alguna vez encontrarme pegado a una mujer, entre el gentío o en el tranvía, y excitarme

a pesar mío. El espíritu es fuerte —añadí, bromeando, con la intención de desarmarla—, pero la carne es débil... qué caray.

Ella no dijo nada. Parecía reflexionar mordiéndose la punta del dedo y mirando hacia la ventana. Pensé que se había calmado y, siempre bromeando, proseguí:

—Incluso los santos tienen tentaciones, imagínate los barberos. El pobre Antonio, cuando menos lo esperaba, ha descubierto a pesar suyo que eres una mujer muy hermosa y muy deseable... Encontrándose cerca de ti, no ha sabido dominarse. Probablemente ha sido tan embarazoso para él como para ti... Eso es todo.

Ella seguía callada. Concluí con energía:

—En el fondo deberías tomar este incidente con alegría. Más que como una falta de respeto, ha sido una especie de homenaje... un poco zafio y grosero, lo admito, pero... allá donde fueres, has como vieres.

Llevado de la acostumbrada y petulante alegría subsiguiente al trabajo, me volvía, como se ve, deplorablemente ingenioso. Me percaté a tiempo y, poniéndome serio de nuevo, añadí a toda prisa:

—Perdona, me doy cuenta de que he estado vulgar... pero a decir verdad no logro tomarme en serio toda esta historia. Más aún cuando estoy seguro de que Antonio es inocente.

Por fin ella habló:

—Todo esto no me interesa —dijo—, lo que quiero saber es si estás dispuesto a echarlo... y nada más.

Ya he dicho que la felicidad nos vuelve egoístas. En aquel momento mi egoísmo había llegado, probablemente, al colmo. Ahora bien, yo sabía que en la aldea no había más que un barbero. Sabía además que en la ciudad era imposible encontrar otro que estuviera dispuesto a recorrer cada día varios kilómetros en bicicleta para venir a afeitarme. Era cuestión de renunciar por completo al barbero y afeitarme solo. Pero, dado que no sé afeitarme, eso habría implicado una inflamación en la piel, arañazos, cortes y, en suma, cantidad de molestias. En cambio yo, puesto que trabajaba, quería que todo permaneciera inamovible e inalterable, que nada viniera a perturbar aquella profunda tranquilidad que, con razón o sin ella, consideraba precisamente

indispensable para la buena marcha de mi trabajo. De pronto me puse muy serio y dije:

—Pero, cariño, no has conseguido convencerme de que Antonio te haya faltado de verdad al respeto..., quiero decir intencionadamente. ¿Por qué tendría que despedirlo? ¿Por qué razón? ¿Con qué pretexto?

—Un pretexto cualquiera... Di que nos vamos.

—No es verdad. Lo descubriría enseguida.

—¿Qué me importa? Con tal de no verlo más.

—Pero no es posible.

—No quieres darme ni siquiera esa satisfacción —gritó, exasperada.

—Pero mujer, reflexiona. ¿Por qué ofender gratuitamente a un pobre hombre que...?

—Pero ¡qué pobre hombre! Es un hombre atroz, horrible, siniestro.

—Y además, ¿qué hago con mi barba? Sabes muy bien que en esta casa no podemos contar con un barbero en veinte kilómetros a la redonda.

—Aféitate tú.

—No sé afeitarme.

—¿Qué clase de hombre eres que ni siquiera sabes afeitarte?

—No, no sé afeitarme. ¿Qué puedo hacer?

—Déjate crecer la barba.

—Por caridad... no podría volver a dormir.

Ella calló largo rato, luego gritó con una voz en la que parecía sonar una especie de desesperación:

—Total, no quieres hacerme el favor que te pido... no quieres hacérmelo.

—Pero, Dina...

—Sí, no quieres hacérmelo... y quieres forzarme a recibir a ese hombre horrible, repugnante... obligarme a tratarlo.

—Yo no quiero obligarte en absoluto. No te dejes ver..., quédate en tu habitación.

—De modo que yo tendré que esconderme en mi propia casa porque tú no quieres hacerme ese favor.

—Pero, Dina...

—Déjame —yo me había acercado a ella e intentaba cogerle una mano —. Déjame... Quiero que lo echas, ¿lo has entendido?

Me parece que al final adopté una actitud de firmeza:

—Oye, Dina —dije—, te ruego que no insistas... No es más que un simple capricho y yo no deseo plegarme a caprichos. Voy a procurar descubrir si lo que afirmas es verdad.

Y, en cuanto se haya demostrado la verdad de tus acusaciones, despediré a ese hombre... De lo contrario, nada.

Ella me miró largamente, después, sin decir palabra, se levantó y salió del estudio.

Me quedé solo, reflexioné un poco sobre el incidente. Estaba sinceramente convencido de que las cosas habían sucedido como yo decía. Desde luego Antonio, ante el contacto con el brazo de Leda, se había excitado y no había sido capaz de dominar su propia turbación. Pero estaba seguro de que no había hecho nada para favorecer y multiplicar los roces, que, por lo demás, en su postura resultaban inevitables. En resumen, él sólo era culpable de no haber sabido desterrar su involuntario deseo. Tal es aún, por otra parte, mi convicción, porque creo que determinadas tentaciones son tanto más fuertes cuanto menos premeditadas y buscadas.

Estas reflexiones hechas a solas y con perfecta buena fe, hicieron que se evaporara incluso el menor remordimiento. Comprendí que en el fondo yo había obrado por egoísmo; pero ese egoísmo no contradecía lo que yo consideraba que era justo. Estaba convencido de la inocencia de Antonio; y por eso no sentía el menor escrúpulo al anteponer mi comodidad a lo que consideraba un simple capricho de mi mujer.

Aquella misma mañana, pocos minutos después volví a ver a Leda, a la mesa. Parecía tranquila, incluso serena. En un momento en que la camarera había salido con los platos, me dijo:

—De acuerdo... sigue valiéndote de Antonio..., pero arréglatelas para que yo no lo vea. Sólo con que me lo tropiece en la escalera, no respondo de mí. Estás advertido.

Fingí no haber oído, lleno de embarazo. Ella añadió:

—Pudiera ser que no fuera sino un capricho..., pero mis caprichos tendrían que ser para ti más importantes que tus conveniencias, ¿no te

parece?

Era justo lo contrario de lo que había pensado yo; y no pude menos que tomar nota mentalmente. Por fortuna, en aquel momento regresó la camarera y la conversación se acabó allí. Luego, durante el paseo, procuré reanudarla: volvía a sentir remordimientos, me hubiera gustado que ella comprendiese mis razones. Pero en aquella oportunidad, para asombro mío, Leda dijo, lentamente:

—No hablemos más, ¿quieres, Silvio? Esta mañana me importaba, ni siquiera yo sé por qué, pero ahora, después de haberlo pensado, me doy cuenta de que he exagerado. Te aseguro que ahora no me importa nada.

Parecía sincera y, hasta cierto punto, casi arrepentida de su ira de por la mañana. Yo insistí:

—¿Estás segura?

—Te lo juro —dijo ella con calor—, ¿qué razón tendría si no para mentirte?

Callé; y el paseo continuó conversando de otra cosa. Así me convencí de que mi mujer había desterrado el tema de su mente.